

UNA NOVELA HISTÓRICA DE
JAVIER OLIVARES

FELIPE

HEREDARÁS EL MUNDO



FELIPE

Javier Olivares

1.ª edición: octubre 2015

© Javier Olivares, 2015

© de los mapas Antonio Plata, 2015

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-192-2

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

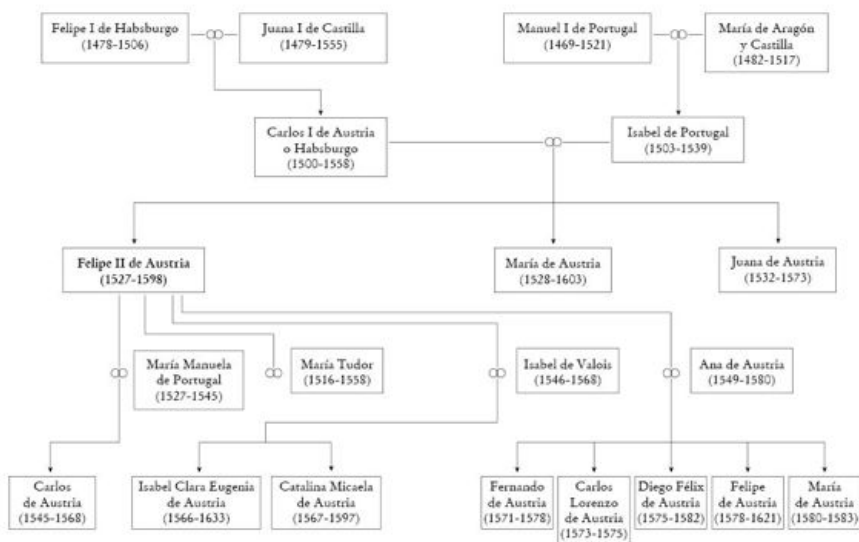
Contenido

Prólogo (1527)

1. El padre invisible (1533)
2. Todo por el imperio (1534)
3. A su imagen y semejanza (1539)
4. Nunca seréis Amadís (1543)
5. El *felicissimo* viaje del príncipe (1548)
6. *Hispaniarum princeps* (1551)
7. Dios, llévame de aquí (1554)
8. Rey pero no emperador (1555)
9. Nada permanece (1557)
10. El regreso (1559)
11. El ángel (1560)
12. Las furias (1565)
13. Funerales, bodas y bautizos (1569)
14. Nadie es de fiar (1572)
15. Intrigas y desatinos (1573)
16. La mala semilla (1576)
17. Justos por pecadores (1577)
18. Héroes y villanos (1578)
19. Lejos del lugar del crimen (1580)
20. La Empresa (1584)
21. Cuentas pendientes (1588)
22. Relaciones (1592)
23. Crucifijos y unicornios (1594)



Ascendientes y descendientes directos de Felipe II



Para Julia Arcos Lozano.

Sin ella, no existiría este libro.

Ni tantas y tantas cosas más

Prólogo (1527)

I

Nadie puede decir a ciencia cierta cuántos niños nacieron el 21 de mayo de 1527, pero es bien sabido que uno de ellos vino al mundo ese día para ser su dueño. Su destino era ser hijo de Carlos de Habsburgo, Sacro Emperador Romano y rey soberano de Castilla, Aragón, Nueva España, Perú, los Países Bajos y gran parte de Italia. Su lugar de nacimiento, Valladolid. Hasta allí viajaban sus padres desde Granada. Él también viajaba: en el vientre de su madre, Isabel de Portugal.

Nunca es aconsejable realizar tan largo viaje para una mujer embarazada y menos si esa mujer es una reina. Pero no había otro remedio: Solimán, sultán otomano apodado el Magnífico, había entrado en Hungría, derrotando al rey Luis (marido de María, hermana de Carlos), muerto en el combate. El infiel atacaba otra vez a la cristiandad y había que reaccionar: ese era el clamor alimentado por los reyes y la Iglesia de toda Europa. Carlos era el emperador de todos ellos, por lo que decidió emprender el viaje muy a su pesar tras convocar a las Cortes de Castilla. Necesitaba su apoyo económico para formar un ejército que estuviera a la altura del turco, algo nada fácil.

Sin duda, estaban por venir tiempos complicados. Carlos no mostró inquietud por ello: estaba acostumbrado a vi-

vir en la agitación y la guerra. Atrás quedaba Granada, la ciudad que siempre iba a recordar por algo a lo que, por el contrario, no estaba habituado: había sido feliz. Más de lo que jamás se hubiera imaginado.

¿Quién se lo iba a decir? Se había casado con Isabel sin conocerla. De los preparativos de su matrimonio con el rey de Portugal, hermano de su prometida, y de las largas negociaciones que tanto le aburrían, se había encargado Juan de Zúñiga, leal entre sus leales. Él la recogió en la raya con Portugal para llevarla a Sevilla. Allí, en los Reales Alcázares, lugar de la boda, Isabel esperaba a su futuro marido del que fue novia apenas un par de horas, el tiempo que pasó entre la llegada de Carlos a la ciudad hispalense y el «sí quiero».

Isabel se había tomado la molestia de elegir dos trajes: uno para la boda, otro para el momento decisivo de conocer al novio. Carlos, en cambio, se presentó recién bajado del caballo, con su vestimenta polvorienta, como si viniera de la primera línea de combate.

Apenas hablaron quince minutos. Sobraron catorce para que el emperador pudiera comprobar que los rumores sobre la belleza y el saber estar de Isabel eran ciertos. Incluso se quedaban cortos. Bien es verdad que aunque no lo hubieran sido, se habría casado igual. No era por eso por lo que Isabel había sido la elegida. Un rey nunca se casa necesariamente por amor ni por satisfacer sus deseos sexuales.

El emperador, de hecho, ya había tenido tres hijos fruto de sus aventuras amorosas. Pero ninguno podía ser su sucesor. Él buscaba un hijo que heredara su imperio. Y lo necesitaba cuanto antes. Por eso rechazó a su prima María Tudor, una niña de diez años, porque no podía esperar.

Isabel de Portugal, también prima suya, tenía ya veintitrés, una buena edad para ser madre. No era la única ventaja de la boda. En lo económico, la dote de la princesa portuguesa alcanzaba las 900.000 doblas de oro a cambio

de las 300.000 que el emperador ofreció en calidad de arras. Las consiguió hipotecando Úbeda, Baeza y Andújar, villas magnas de Jaén sin sacar una sola moneda de la de pauperada economía castellana.

En lo político, el matrimonio suponía asentar las relaciones con el reino vecino, que en tiempos anteriores habían deparado guerras y conflictos comerciales por las líneas de navegación con destino hacia África y las Indias. Para que no hubiera más conflictos en el futuro, se había planeado una doble boda: Carlos casaría con Isabel, que era hermana del rey portugués y este con Catalina, hermana menor de Carlos. Dos bulas tuvo que dictar el papa Clemente para permitir estas bodas entre primos que se convertían en esposos y cuñados. Problema resuelto, pero no era el único.

Desde que Carlos había llegado a Castilla, las Cortes y los mismos comuneros le exigieron que, si quería ser rey de España, casara con una mujer española. Isabel había nacido en Lisboa, pero era nieta de Isabel la Católica y eso bastaba. Carlos también lo era, pero los castellanos le consideraban extranjero. ¿Cómo podía ser rey de Castilla alguien que no sabía su idioma?

Por todas estas razones fue Isabel de Portugal la elegida y no porque fuera bella e inteligente. Pero lo era y Carlos no tardó en descubrir que, pese a que su matrimonio atendía a mil razones más importantes que el amor, no les estaba prohibido quererse.

Granada fue el lugar elegido para la luna de miel. Sus consejeros en asuntos castellanos, Tavera y De los Cobos, así lo habían recomendado. Allí estaban enterrados los Reyes Católicos, a quienes el pueblo adoraba. Sin duda, toda Castilla vería en ese detalle un deseo de Carlos por continuar las gestas de tan insignes reyes.

Allí, el guerrero trocó en galán y ordenó plantar para su amada unas flores persas hasta ahora desconocidas en el reino: los claveles.

Pero todo eso ya era pasado para Carlos. Ahora solo le importaba llegar a Valladolid sin menoscabo de la salud de su esposa embarazada. Por ello, Carlos organizó el viaje al detalle, como hacía con sus campañas militares. De hecho, un ejército acompañaba a la familia real. Para velar por la salud de la reina, esta viajaba en una litera llevada en volandas a hombros de veinticuatro hombres. Para que no se cansara, cada diez kilómetros se hacía una parada.

Así, de poco a poco, los reyes y su séquito llegaron a Valladolid un 22 de febrero. Los que les vieron entrar por las puertas de la ciudad, creyeron estar más ante una procesión mortuoria que ante una comitiva real. Pocos sabían que, por el contrario, el gran protagonista de esa comitiva era un niño que todavía estaba por nacer.

II

El lugar elegido para el parto fue el palacio propiedad de Bernardino Pimentel, junto a la hermosa iglesia de San Pablo. Allí, recién iniciado el martes 21 de mayo, la reina rompió aguas. Inmediatamente, el palacio se convirtió en un hervidero de gente con una misión que cumplir. Los criados atendían a los presentes. Los médicos flanquearon a la partera más reconocida de la ciudad. Las damas de la reina se apostaron a su lado para darle apoyo. Y hasta el mismo obispo de Toledo, Alonso de Fonseca, apareció de repente para ser el primero que bendijera al heredero.

Llegado el momento del parto, Isabel había dado órdenes estrictas: los candelabros debían apagarse y exigió que se le tapara el rostro con un ligero paño para que nadie vie-

ra en ella el más mínimo gesto de dolor. Además, prueba de su fervor religioso, ordenó que en torno al lecho se colocara su colección de reliquias, que siempre llevaba con ella. Por si eso no fuera suficiente para conseguir el favor divino, su mano apretaba el mismo cingulo que santa Isabel tuvo en sus manos cuando dio a luz a Juan el Bautista cinco años antes de que naciera Cristo. No parecía muy ajado para ser tan viejo, lo cual hacía dudar a más de uno que perteneciera a la santa, pero Isabel de Avis creía que lo era y punto.

El rey acompañó en la habitación a su esposa en los primeros momentos, tal vez creyendo que el parto sería rápido. Se equivocaba. Pasadas dos horas, las muestras de dolor en Isabel empezaban a poner en riesgo su compostura y rogó a su marido que mejor esperara en otra estancia. Dubitativo, el rey miró sin saber qué hacer a la partera, una mujer de cuarenta años y gruesa como un ariete.

—Mi señor, será mejor que os vayáis y reposéis.

Carlos bajó la cabeza y salió de la estancia ante la mirada compasiva de la partera, que disfrutó durante segundos de este momento de gloria con el que todo plebeyo sueña: dar consejos a un rey.

Las crónicas dirían luego que Carlos acompañó durante todo el parto a su esposa. No ocurrió así. Los cronistas escribieron lo que les dictó el mismo Francisco de los Cobos, cuya obsesión era brindar la mejor imagen del rey en un momento tan importante y esperado por los castellanos como el nacimiento de un heredero nacido en Castilla. No es que el pueblo importara a la hora de tomar decisiones, pero convenía tenerlo a favor. Y esperaba con ansiedad ese momento, ¿qué mejor semblanza que un rey anhelando lo mismo que sus súbditos? No, las crónicas no podían contar que el rey exigió estar solo en una estancia hasta que todo hubiera concluido.

Allí paseó como un perro enjaulado mientras los latidos de su corazón encontraban eco en sus sienes, donde re-

tumbaban como tambores. El hombre más poderoso del mundo se había convertido de repente en un manojo de nervios. Él, al que jamás le habían temblado así las piernas ni siquiera en las más cruentas batallas.

Paso a paso, en su cabeza resonaban dos preguntas. ¿Nacería sano? ¿Sería varón? Y rezaba para que Dios le diera la misma respuesta: sí. Al fin y al cabo, se lo merecía: nadie como él había luchado tanto por la cristiandad. Incluso (pensaba convencido) más que el papa de Roma, de nombre Clemente, empeñado más en intrigas políticas y guerreras que en sus labores religiosas. Tenía que nacer sano y ser varón.

De hecho, ya había pensado incluso en su nombre: su hijo se llamaría Felipe, como su padre. Así se lo había dicho a Cobos, nada más saber del embarazo de su esposa. Este no se mostró muy de acuerdo al saber la decisión.

—Mi señor, con todos los respetos, creo que hay un nombre mejor.

Carlos le miró extrañado, casi ofendido.

—¿Un nombre mejor que el de mi padre? ¿Cuál?

—El de vuestro abuelo, Fernando.

Carlos frunció el ceño al oír nombrar al Rey Católico, pero Cobos no lo notó.

—El pueblo de Castilla es amante de sus tradiciones y de su historia, y pocos hombres han calado en el corazón de los castellanos como el rey Fernando.

Carlos escuchaba con la mirada perdida. Cobos, viendo que Carlos no respondía, pensó que tenía permiso para insistir.

—Sabéis que muchos no os perdonan que no nacierais en Castilla. Lo sabéis tanto como que yo rezo porque quienes piensan eso ardan en el infierno... Pero sería bueno que vieran en vos un acto de homenaje, un recuerdo a quien junto a la reina Isabel todos recuerdan como los más grandes reyes.

Carlos giró la cabeza por fin hacia su consejero.

—No.

La mirada de Carlos, al decir tan pequeña palabra, debió de ser tan demoledora, que Cobos jamás volvió a plantear la cuestión.

Estaba decidido: no iba a llamar a su hijo como al Rey Católico que tan mala vida le dio a su padre. Incluso, como alguno de sus consejeros más viejos, Carlos pensaba que Fernando de Aragón estaba detrás de la muerte de su padre, llamado el Hermoso. ¿Cómo si no alguien tan sano podía morir por beber un vaso de agua por muy helada que esta estuviera? No tenía duda de que esa agua estaba condimentada con algún veneno. Carlos sabía de venenos que convertían la muerte en algo tan natural como un ataque al corazón. Más de un enemigo había eliminado de esa manera: en eso sí era digno heredero de su abuelo.

No tenía duda alguna: su hijo se llamaría Felipe, como su padre. «Porque será varón y nacerá sano», pensaba en silenciosa y constante letanía. Dios se lo debía. A él más que a nadie.

III

Como todo el que es deseado, el niño tardaba en llegar a la cita. Diez horas después de los primeros dolores, la reina seguía sin parir y sin quitarse el pañuelo del rostro. Hasta en tan crucial momento, la reina parecía más preocupada por preservar su compostura que por traer su primer hijo al mundo, solo la presión de su mano izquierda apretando el cíngulo de santa Isabel mostraba lo mal que lo estaba pasando. Pero no hacía fuerza ni tenía voluntad de acelerar el